

UNA CIUDAD PARA LOS ANCIANOS

Texto:
JOSE ANTONIO VALVERDE
Fotos:
ROGELIO LEAL

Y A viven en esta Ciudad, a todo confort y cuidados como se merecen, quinientos cuarenta ancianos. Es urgente que, como ellos, vivan todos los ancianos que España tiene. En esta Ciudad "Francisco Franco" he visto más sonrisas que lamentaciones. Al fin, los ancianos no tienen problemas. Cuando aquí se puso la última piedra, se desató una campaña desahogada contra el despilfarro que suponía invertir 444 millones de pesetas en seiscientas plazas, estando el país tan necesitado de asistencia a los ancianos. Ahora tengo que confesar, honestamente, que crucé la puerta de la Ciudad predispuesto a censurar este despilfarro. Sin embargo, después de tres días de estancia en ella, tengo que reconocer que no se trata de ningún despilfarro. Este salto era necesario para romper con la ya tradicional idea del asilo. Los ancianos se merecen esto por justicia. Y cuando todas las instituciones responsables sigan el ejemplo de la Diputación de Madrid, el problema será resuelto definitivamente y nuestros ancianos no temerán la vejez ni serán víctimas de las injusticias sociales.



POR fin he abandonado una residencia de ancianos y no he salido cargado de amarguras ni con el corazón arrugado. Guardo intensas emociones de mis anteriores visitas a los pasillos y residencias. La tragedia de muchas vidas, para no hacerla más doliente, se disfrazaba de poesía. Y se quería hacer poesía con las penas y las nostalgias del anciano mendicante y desdentado, que aparecía liando un pitillo. Y se quería hacer poesía con las lágrimas de doña Rosita, que todos los días enseñaba a las visitas la carta de su sobrina, casi borrosa, fechada dos años antes en una lejana provincia.

Los cuartos comunitarios, y los jardines tristes, y los pasillos oscuros, y la capilla fría olían siempre a cocina. Y sólo alegraba la vida la sonrisa de una monjita joven, casi niña, que cruzaba aprisa los pasillos haciendo volar sus zapatillas entre los aires de la toca. Y la campana hacía una llamada melancólica a la comida y al Rosario. Y por la noche, mientras los viejecitos mojaban de lágrimas el embozo de la cama, la madre-portera corría los cerrojos y agonizaban las últimas notas de una "Salve Regina".

Asilo quería decir soledad. Y a él llegaban los ancianos protagonistas de mil tragedias. Pero el mundo ha cam-

biado. Y la sociedad industrial y la sociedad científica han transformado a la sociedad tradicional. Se ha roto definitivamente, por viejo, el sentido de "clan" familiar, por el que tres generaciones convivían en la misma casa. Las casas hoy son cómodas, pero reducidas. Los hombres están pluriempleados y las mujeres trabajan en fábricas y oficinas. ¿Qué hacemos con los ancianos?, se pregunta insistentemente la prensa. Y había que encontrar una respuesta... La respuesta puede ser ésta: una ciudad para los ancianos, donde disfruten de la comodidad que merecen, que se han ganado año tras año; donde se sientan queridos y respetados y donde la caridad se convierta en justicia.

Este primer paso que ha dado la Diputación Provincial de Madrid, al crear la primera Ciudad de los Ancianos, puede ser fundamental. El país comienza a tener conciencia del problema. Tres millones de ancianos tenemos en España que están exigiendo atención a la especialidad gerontológica. La vida de los hombres se prolonga. Los años de actividad laboral se reducen. Y los ancianos —que tienen más años de vida— necesitan un hogar donde vivir. Los hijos de hoy, pese a lo que se dice, no son peores que los de ayer. Pero las fórmulas tradiciona-

les de vida ya no son las mismas. Y esas nuevas fórmulas quieren dar muerte al viejo sentido de beneficencia. El problema no se resuelve con una ciudad de ancianos que dé confort a seiscientos treinta y ocho residentes, pero si todas las Diputaciones Provinciales dieran el mismo paso y si todos los organismos responsables siguieran el ejemplo de la Diputación de Madrid, secundando la acción del Gobierno, que con la Orden ministerial de 19 de marzo de 1970 ha creado el Servicio Social de Asistencia a los Ancianos, entonces España sí resolvería eficaz y dignamente el problema de los ancianos.

SON dos ancianos de la España 1971. El se llama Julio Lara Arenas, tiene ochenta años y ha sido chófer durante cuarenta años. Ella, Celestina López Macías, tiene setenta y cuatro años y se ha dedicado toda su vida a las labores de su casa.

Les hemos elegido entre ciento ochenta y tres matrimonios de la Ciudad de los Ancianos "Francisco Franco", de la Diputación Provincial de Madrid, como prototipo de residentes. Durante más de dos días les hemos seguido, respetando su intimidad, sus horarios, pero siempre junto a ellos. No tienen hijos. Y aquí viven felices. Me lo han dicho de corazón, cuando quisimos sa-



ber si su felicidad era real o aparente: "Jamás pensamos que aquí podríamos estar tan bien."

NO QUERIA UN ASILO

La noche del 2 de diciembre de 1970, don Julio Lara no pudo apenas pegar un ojo. La pasó lleno de inquietudes y de temores. El no quería abandonar su casa. Para un hombre que ha luchado afanosamente durante más de cincuenta años, que ha visto crecer su pequeño rincón, que ha reído sus alegrías y ha llorado sus penas en la misma habitación, es muy doloroso decir adiós a lo único que tiene. Según el documento que guardaba en la cartera, el ingreso en la Ciudad de los Ancianos sería en la mañana siguiente. Cuando sonara el despertador bajarían la maleta de encima del armario y

guardarían en ella su ropa. Cerrarían las ventanas, correrían las cortinas y apagarían definitivamente la luz. Después bajarían las escaleras despacito...

—El no quería —me dice doña Celestina, su mujer—. Desde el momento en que lo hablamos, él me dijo que no, que no quería un asilo. Ni una residencia. Ni una Ciudad de Ancianos. Pero era necesario. Porque es lo que yo me decía: ¿qué hacemos nosotros solos? Ya no tenemos edad... En cualquier momento uno de los dos podía caer enfermo o cualquier cosa, sabe Dios... Y estando solos...

Y doña Celestina convenció a su esposo. Hicieron las maletas aquella mañana y el día 3 de diciembre ingresaban. "Aún vine con muchos resquemores —me dice el hombre—. Y me costó unos días acostumbrarme, pero ahora me doy cuenta de lo bien que estamos. Muchos amigos nuestros, ve-

cinos de nuestra casa, ahora están de seando ingresar."

SU VIDA DE HOTEL

Los residentes van haciendo amistad. Por los salones de la Ciudad paran a charlar, a interesarse por sus cosas. Aquí se ha muerto la prisa. Todo puede hacerse mañana, porque lo fundamental ya está resuelto hoy. Uno de las tres asistentes sociales, María Teresa, me decía:

—Unos se dedican a otros. Los primeros días se vieron casos de intravertidos, pero inmediatamente los modicharacheros se volvieron con ellos les integraron. No han surgido problemas de convivencia; a pesar de las diferencias de nivel económico y educativo, todos tratan de parecer lo mismo y los menos favorecidos tratan de superarse día a día.





